Pérez-Granados, Pérez de Cote, González-Camino, & & podrá ser, hasta cierto punto con razón, juzgada por los entendidos como muy superficial, es por eso que debemos advertir al público que sólo hemos incluído los linajes que están actualmente registrados en en "el Libro de Padrones y Genealogías", con los documentos confirmatorios de su filiación y de su nobleza. Sin embargo, por incompleta y defectuosa que sea esta lista, creemos que su extensión, a pesar de lo apuntado, logrará convencer a nuestros lectores que el número de los hidalgos llegados a Costa Rica, o enoblecidos por población, no fueron pocos y que la influencia de la orden noble, ha sido, en relación con el número, indudablemente de importancia en el curso del desarrollo de la historia patria. La estabilidad de la historia interna de Costa Rica, por tantos siglos se debe, a mi criterio, a la unión estrecha que el parentesco imponía a esta numerosa nobleza, que por ser pobre, trabajadora y en alguna parte reducida a la miseria extrema, no por eso cesó de ser hidalga, generosa y profundamente cristiana, tan apartada del exceso de absolutismo como de la anarquía de la masa. Nobleza digna de figurar, al par de las más rancias de las Indias, puesto que ha sabido mantener dentro de su pobreza, el decoro, la dignidiad y los sentimientos elevados, que han sido y son los adornos de toda nobleza. En efecto, toda aristocracia cesa de ser nobleza, el día en que sus miembros pierden la noción del "Señorío" para reemplazarla por una estúpida vanidad de su estirpe o, lo que es peor aún, una fatuidad que consiste en atribuirse cualidades que provienen exclusivamente de la herencia o de la gracia divina.

DON NORBERTO DE CASTRO

Dicha la que se hermane con las lágrimas

Por Gail Carey

Tendrá toda la ciencia de la vida;
dicha, la que se hermane con las iágrimas.

HERBERT J. HALL.

"Su hijito no será nunca un niño normal. Tiene lo que llaman mongolismo." (1).

Al oirle decir esto al médico me pareció que algo se derrumbaba dentro de mí...¿ver a mi hijo convertido en un ser anormal, un pobre idiota? ¡No; no podría soportarlo! ¡Me mataría la pena!

---

(1) El mongolismo es una deformación congénita, acompañada por lo regular, de imbecilidad, uno de cuyos síntomas consiste en la oblicuidad de los ojos como los de los orientales, Aparte de esta semejanza, la enfermedad no tiene absolutamente nada que ver con la raza amarilla.

Pero lo soportamos, mi marido y yo, con toda la serenidad y sensatez posibles, para alzarnos nuevamente desde el fondo de la desesperanza hasta otra forma distinta de felicidad. No la felicidad de la despreocupación, sino aquella que se alcanza cuando se ha hecho frente al dolor y se ha resuelto un problema en la forma que parecía honradamente la mejor.

Nos habíamos unido en matrimonio con la certeza de que nuestros hijos iban a ser perfectos. No había habido en ninguna de las dos familias vástagos mentalmente anormales, ni teníamos por qué suponer que taras de esa especie pudieran presentarse sino como consecuencia hereditaria.

Dos años hacía de nuestra boda cuando nació nuestra hijita Elena, tan perfecta como la habíamos soñado. Frisábamos ambos padres entre los veinte y treinta años de edad, y nos sentíamos llenos de orgullo y alegría al ver a la niña crecer y comportarse en forma que no ofrecía el menor motivo de zozobra.

Había cumplido Elena seis años cuando nació David. Era muy pequeñín. Lo oblicuo de los ojos y el color amarillento del cutis, debido a la ictericia, le daban cierta semejanza con los muñequitos chinos. Con todo, seguíamos considerándonos completamente dichosos sin la menos sospecha de que pudiera el niño ir, en lo mínimo, desviado de la perfección. La verdad es que el mongolismo, y la idiotez que suele ser su consecuencia, pueden diagnosticarse desde el nacimiento; pero hubiéranlo advertido o no en nuestro David, el caso fué que no nos dijeron ni una palabra. Cuando meses más tarde comenzamos a notar que el niño no se desarrollaba lo mismo que otros de su edad, todas mis amigas trataban de consolarme con las conocidas expresiones: "Oh mi niña no se sentó sola sino después de cumplir un año". "Mi nene no caminó hasta los dos años, y ¡míralo ahora!"

¡Bondadosas amigas mías, cuyos consuelos y simpatías nos ayudaron a conservar la esperanza a través de los dos primeros años. Mas si hubiéramos sabido la verdad desde un principio, ¡cómo se nos hubiera ahorrado esa agonía de las alternativas entre la ilusión y la desesperanza! Los médicos debían recordar que, si de todos modos ha de sobrevenir, tarde o temprano, el golpe; cuanto antes se dé, mejor, porque así quien lo recibe podrá amoldarse más propia y más rápidamente a las nuevas circunstancias.

Antes que supiéramos la verdad, nos había recomendado un facultativo que sometiéramos al niño a un tratamiento de la glándula tiroides. Obedecimos, con el resultado de que las energías de David aumentaron considerablemente, sin que mejorara en nada, sin embargo su estado mental. "Deben hacerle el metabolismo", recomendó otro médico, "así se sabrá exactamente qué tanto extracto de tiroides necesita, pues es posible que no se le esté suministrando lo suficiente."

Cuando llegué al hospital donde iba a realizarse esta última prueba, me alentaba la plena confianza de que todo se corregiría por fin, y en mi interior me felicitaba de vivir en esta edad moderna en que la ciencia ha logrado penetrar el secreto de las secreciones glandulares. Pero al médico encargado

del laboratorio le bastó echar un rápido vistazo al niño para desengañarme de una vez por todas.

Lo hizo con claridad y sencillez, esforzándose por mitigar mi dolor; y me explicó en síntesis, que, con toda probabilidad, David jamás pasaría de una edad mental equivalente a los siete años, lo que significaba que no podría ser nunca una vida normal ni valerse por sí mismo para nada.

Por muchos que sean los años que me falten de vida, por grandes los pesares que me estén reservados, estoy segura de que no podrá haber ya para mí un día más amargo que aquél. Tres largas horas esperé en el laboratorio mientras se hacía el metabolismo. El recuerdo de Elena comenzó a romper la espesa niebla que me envolvía el cerebro y vino entonces a atormentarme otro problema: ¿Qué sería de su porvenir? ¡Tener un hermanito idiota! En cuanto se supiera la noticia, nadie querría ser amigo de mi hija, ni habría más tarde hombre que la quisiera por esposa. ¡Ah! Si a menos hubiera medio de ocultar nuestra desgracia!

Al fin terminó el metabolismo y emprendí el regreso a casa con mi infeliz hijito. El caos reinaba en mi imaginación; apenas me daba cuenta de que iba conduciendo el automóvil a una velocidad desmesurada. En eso me asaltó la más loca de las ideas...una solución inmediata. Recordé que no muy lejos de nuestra casa existía en la carretera altísimo viaducto, por debajo del cual pasaba el ferrocarril. Apoyábase el viaducto en la cima de un alto collado, y comenzaba justamente al salir de una curva peligrosa de la carretera, que reducía mucho la visibilidad. A la velocidad que yo llevaba, era prácticamente inevitable el salto en el vacío, que a todo el mundo parecería un accidente ¿No era ésa la solución perfecta? A mi desgraciado hijito le estaría mejor la muerte; y en cuanto a mí, en aquel momento no sentía el menor deseo de continuar viviendo. Conmigo me llevaría el secreto; la pobre Elenita jamás sabría nada...¡Sí, era preciso lanzar el coche al abismo! Yo estaba resuelta...

Comencé el ascenso del collado hundiendo con el pie el acelerador todo lo más posible. Salimos de la peligrosa curva para desembocar en el viaducto y allí...

Allí, directamente en frente de mi coche, estaba parado otro automóvil, en pleno viaducto. Cerca de la baranda, tres niños acompañados de su madre miraban hacia abajo, viendo pasar los trenes.

Como por encanto desapareció de mi mente toda idea de destrucción para ser reemplazada por un supremo objeto: enderezar de nuevo mi automóvil, pasar adelante sin tocar el grupo de los niños. Fué un esfuerzo terrible, pero coronado por el éxito. Algunos metros más adelante logré detener el coche para mirar hacia atrás. A los niños no les había pasado nada; seguían divertidos viendo pasar los trenes, sin siquiera darse cuenta del inminente peligro en que habían estado. ¡Qué habían de sospechar los inocentes que acababan de salvar dos vidas!

Durante los días que siguieron, era en verdad patética la situación de mi esposo y la mía, como que del fondo de nuestro dolor pretendíamos sacar

fuerza para consolarnos mutuamente, para darnos valor el uno al otro, para tratar de seguir viviendo nuestra vida ordinaria. Cuando la muerte visita nuestros hogares, por lo común nos concede siquiera algunos días para amoldarnos a la tragedia. Pero en el caso nuestro, la magnitud de la desgracia crecía a medida que veíamos acercarse el día en que necesariamente se enterarían de ella los vecinos, quienes con toda probabilidad no permitirían a sus hijos volver a jugar con Elenita. De lo que había pasado no teníamos nosotros la menor culpa, y sin embargo, sentíamos en el fondo del corazón una especie de vergüenza, como si una lepra social nos aquejara.

De sus dolencias físicas se ufana la gente, y las publica; pero ante una enfermedad mental se hace un silencio de misterio y de miedo. Quizás hayamos heredado ese temor de la Edad Media, cuando se creía que los así afectados eran posesos del demonio. Durante algunos días fuimos también víctimas de semejante prejuicio, hasta que comenzamos a pensar, con independencia de las preocupaciones ajenas.

Consultamos a un médico eminente por sus trabajos en la formación de hábitos de los niños, y sufrimos otro golpe. "Les aconsejo colocar a su niño en un asilo", nos dijo enfáticamente, como síntesis de una conversación de más de dos horas, cuyas conclusiones principales voy a reproducir aquí muy brevemente para otros padres que puedan hallarse en una situación análoga a la nuestra.

En primer lugar, logró el facultativo convencernos de que nosotros no teníamos la culpa de nada.

—Esto puede ocurrir en cualquier familia—, nos dijo—pero casi nunca se presenta más de un caso. Mientras los padres gocen de salud, pueden volver a tener hijos con plena confianza de que serán perfectamente normales. No se trata de una enfermedad hereditaria, sino simplemente de un accidente, algo que ocurre antes del nacimiento del niño para estorbar su buen desarrollo. Hasta ahora no existe ningún tratamiento eficaz para evitarlo. Si ustedes no tuvieran más hijos, podrían pensar en dejar a su lado a ese niño, para tratar de adiestrarlo. Pero ni siquiera así podría yo aconsejárselo. Mucho menos cuando, como en su caso, hay una niña a quien le tocaría sufrir las consecuencias de no tener un hogar normal, con una mamá que le prodigara las atenciones que requiere, y de verse sometida a soportar las crueles burlas de los demás chiquillos del vecindario. Y luego, en fin de cuentas, cuando hayan gastado ustedes toda su energía y todo su dinero sin resultado alguno, vendrá el momento en que ni usted ni su marido podrán ver ya por el muchacho. Todos tenemos que morir, aunque su hijo posiblemente los sobrevirá a ustedes. Le tocaría entonces a la hermanita sacrificar su propia vida por él. Acaso lo haría de buena voluntad, pero es un sacrificio que no debiera nunca imponérsele a la niña.

—Disponemos apenas de muy modestos medios de fortuna—replicamos nosotros—y las instituciones especializadas en el cuidado de niños anormales son excesivamente costosas. ¿Dónde podremos hallar una escuela al alcance de nuestro bolsillo?

—Colóquenlo en un asilo público—contestó rápidamente.

—Eso ¡jamás!—contestamos—, no apelaremos a la caridad. Queremos que nuestro niño disfrute de los mejores cuidados y de cariño.

—Eso lo encontrarán en una de las escuelas del Estado, y no de caridad, porque se les exigirá una cuota proporcionada a sus entradas. Tendrá allí las mejores atenciones, puesto que esos establecimientos están bajo la vigilancia constante de muchas entidades. Recibirá el adiestramiento que mejor se adapte a sus necesidades y estará en compañía de los niños que más han de gustarle. Por otra parte, no tendrá usted el temor de morir y dejarlo abandonado, porque ya sabe que en esa institución se le cuidará durante toda la vida.

Nuestra primera visita al instituto del Estado, que ha llegado a convertirse en escuela, hogar y vida completa para nuestro hijito, fué una revelación. El médico no nos había engañado. En todas mis demás visitas, que ya pasan de varios centenares, no he tropezado nunca con una empleada que no estuviera animada de la mejor voluntad, o que no hiciera con alegría todo lo posible por aliviar la situación de los pacientes.

—¿Cómo hace usted—pregunté al director—para conseguir maestras tan jóvenes y encantadoras?

—No es cosa fácil, me contestó—encontrar maestras adecuadas; pero, eso sí, una vez que vienen, por lo general se quedan aquí. Para ustedes acaso estos niños no tengan encanto alguno, y aún pudiera ser que los encontraran repulsivos; pero cuando hayan venido unas cuantas veces a visitarlos, comenzarán a quererlos como los queremos nosotros. Son todos dóciles, nada egoístas, y agradecidos a las atenciones y el cariño que reciben. A diferencia de los niños normales, éstos no riñen entre sí; por el contrario, cuando juegan en grupos respetan el turno de los otros, se manifiestan dispuestos a permitir que los demás usen los juguetes y ayudarse mutuamente. Eso explica tal vez que las maestras vivan tan contentas; porque a medida que se va conociendo mejor a cada niño, se olvida uno de su felicidad exterior para no ver más que la belleza e inocencia del alma.

Así es, en efecto. ¿Cómo podría una dejar de apreciar el encanto que hay en la manera con que cada niño trata de ayudar al pequeño ciego del grupo, de enseñarle su puesto en la mesa, de atarle el babero, de llevarle la mano para que alcance el tenedor y el cuchillo, y de prodigarle todas aquellas pequeñas atenciones que en un chico normal impide el egoísmo?

Desde luego, fué muy duro para nosotros dejar a David en la escuela. Mas tratamos de consolarnos recordando que así procedíamos por su bien y felicidad. Todas las semanas vamos a visitarlo y lo encontramos contento, lleno de salud, siempre ocupado con algún juego. Manifiesta alegría cuando nos ve, pero no se entristece cuando termina la visita, sino que nos despide con una sonrisa alegre y un ademán cariñoso de la mano tras los cristales de la ventana.

Momentos hay en que parece dominarnos la melancolía de la soledad como es natural. Un esfuerzo de la voluntad, empero, vence ese sentimiento

depresivo, buscando alivio en un trabajo más intenso cada día o en un deporte o diversión cualquiera que mantenga ocupada la imaginación.

Después de todo, hasta el dolor enseña. Por lo que hace a nosotros, hemos aprendido como es de fácil sobreponerse a los pequeños inconvenientes del diario vivir, que nada son en parangón con la intensidad de nuestro verdadero sufrimiento.

Así hemos logrado que vuelva a nuestro espíritu esa felicidad que creíamos haber perdido para siempre; así hemos encontrado aquella paz que es la más serena expresión de la felicidad—"la dicha que se hermane con las lágrimas."

Tomado de Selecciones del Reader's Digest. Noviembre de 1942.—Tomo IV, Nº 24 páginas 69/73.

Esudo de Armas de la familia Soto